Héctor Gaitán

LA CALLE

donde tú vives

5

TOMO

Héctor Gaitán

LA CALLE donde tú vives

Título Original: La Calle donde Tu Vives

Montaje y Diagramación: Carlos E. Arriaza
de Litografías Modernas

Autor: Héctor Gaitán - 1987

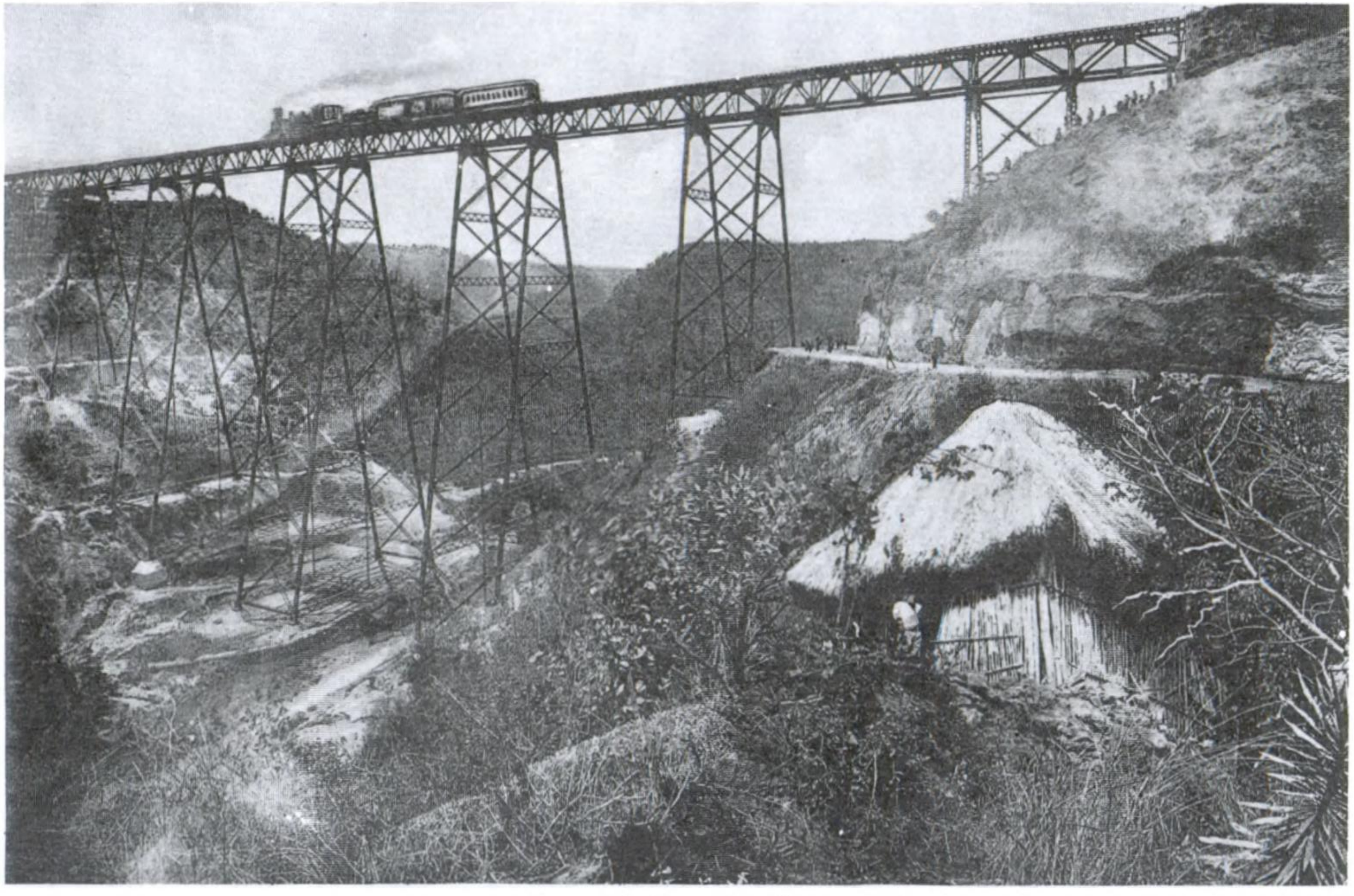
Impreso en Guatemala

Copyrighted material

DEDICATORIA:

A Luis Marcelino, por convertirme en abuelo.

Copyrighted material

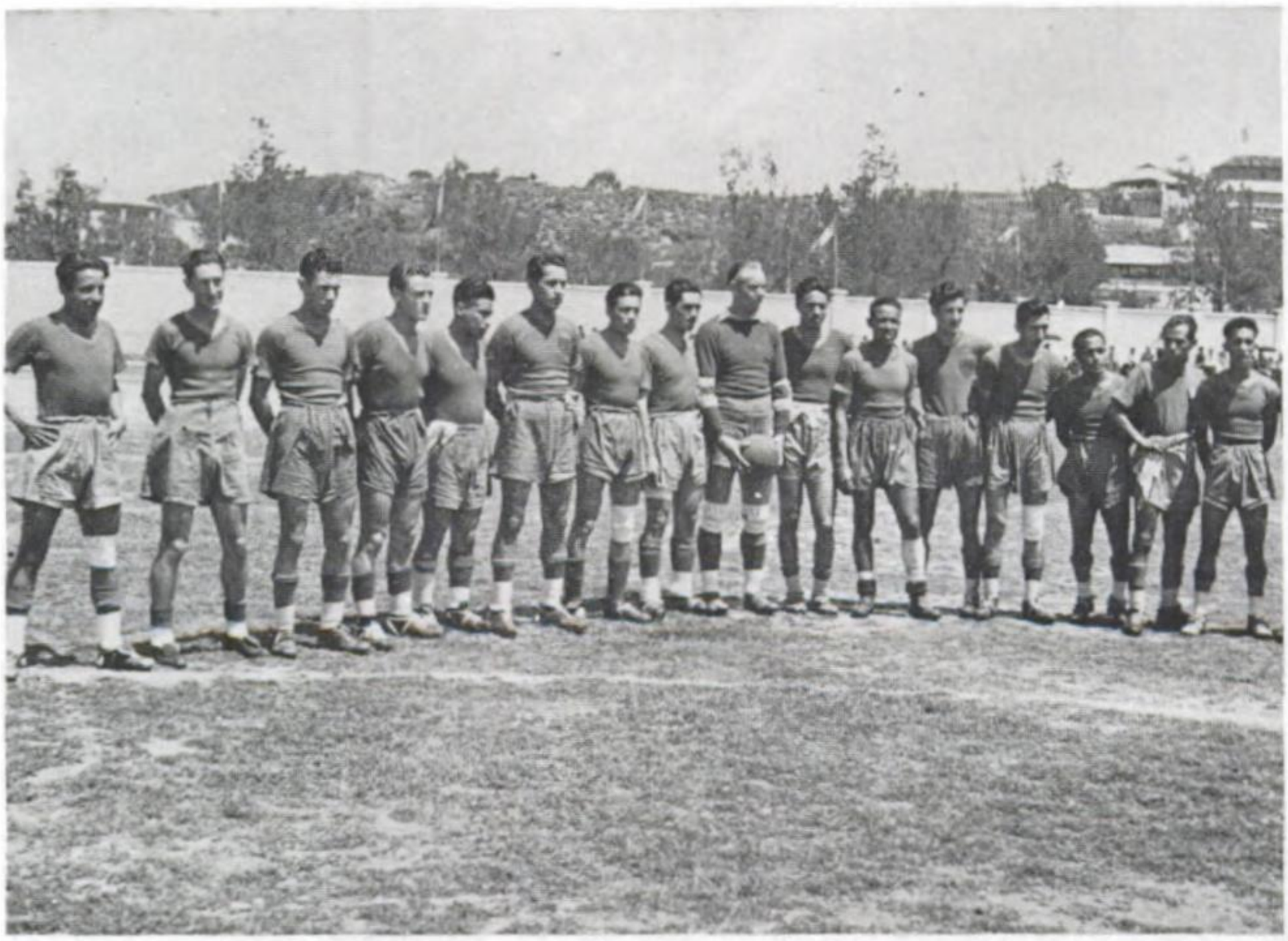


Puenta De "Las Vacas".

Copyrighted material

LA CALLE DONDE TU VIVES

Héctor Gaitán



Estos eran los héroes de los niños de aquella generación, Tin Pata Cuta, Pepino, Mito, Camposeco, Fero Castellanos y tantos más que conformaron el Club Municipal.

Un sector de las "5 Calles" en aquellos lejanos años.

Copyrighted material

hombres.

En la carretera polvorienta las palabras iban quedando. La confrontación de edades, las distancias históricas entre un hombre viejo y dos niños; lo que pasó ayer y lo que pasa ahora... Y quizás lo que los niños cuando estén viejos contarán...

-La vida es una leyenda llena de alegrías y amarguras -dijo don Macabeo-, y hay que saberla vivir, hay que cumplir con Dios para estar en paz interna. El nos dio un regalo que es la vida; si usamos bien nuestra cabeza no tendremos problemas.

-¿Y por qué nos dice todo eso? -interrogó Pijuy.

-Pues mismamente porque ustedes se están portando mal, porque no están en la escuela, porque no quisieron ir a la escuela, porque están haciendo gastar por gusto a sus padres.

Ebano quiso justificar el hecho; indicó lo de las inyecciones y los reglazos que don Heriberto les recetaba por cualquier cosita que pasara.

-Hoy no es nada, mis hijos- acotó el anciano -si ustedes hubieran estado en tiempos ya lejanos; no había oportunidades para nadie y nuestra escuela era esto: cuando mucho arriar mulas y cuando menos arriar coches.

-Lo bueno es que no iban a la escuela -atacó Pijuy.

-No, eso era malo, porque no tuvimos esas oportunidades; las tenían los hijos de los ricos, pero no los campesinos como nosotros.

-¿Y usted sabe leer, don Macabeo? -preguntó Ebano.

-Por mi propia enteligencia, por mi propia enteligencia. ¿Y si supieran quién me enseñó a leer? se quedan papos, pues fue nada menos que un difunto.

- ¡Cuente, don Macabeo, Cuente! -suplicó Ebano, emocionado.

Los niños embelesados por las narraciones del anciano, casi perdieron la noción del tiempo. La tarde iba cayendo, las sombras de las montañas se pronunciaban más; a lo lejos se principiaba a divisar la ciudad, mientras el viejo carretón se bamboleaba entre los grandes baches del camino de terracería.

Ebano y Pijuy ayudaron a don Macabeo a ponerse cómodo. De la bolsa de pecho de su chaqueta raída, sacó un puro encendiéndolo con problemas por el movimiento violento del carretón.

-Gracias, patojos, gracias. Yo sabía que este negrito iba a pelar más los ojos cuando yo le contara que un muerto me había enseñado a leer, y parece mentira creyerlo pero es la puritita verdá. Bueno, resulta ser que como ya les conté, yo no tuve

Copyrighted material

Una foto del recuerdo, se la obsequiaron a Ebano, cuando tomó posesión de la presidencia de la República, el coronel Jacobo Arbenz Guzmán, la mañana del 15 de marzo de 1951, en el Estadio "Mateo Flores". El Presidente estrechó la mano de los patojos del barrio.

Copyrighted material

LA CALLE DONDE TU VIVES

Héctor Gaitán

Después del triunfo de la Revolución de octubre de 1944, así desfilaba el coronel Francisco Javier Arana, en las paradas militares. En la foto le sigue el Mayor Carlos Aldana Sandoval.

Copyrighted material

ahora la vigilé de cerca, pero lo más curioso es que ante mis propios ojos la vela se apagó como si alguien con buena fuerza de pulmones, desde lejos, le hubiera hecho Fuuuuuuuuu!!!!! Tuve deseos de salir, pero ahora la lluvia estaba más recia aún. Me quedé en la puerta, como dudando de salir o no. En ese justo momento comencé a escuchar una especie de coro de padres, como los que cantan en las misas de mucho significado; de pronto abrí la puerta y no había nadie. Sólo la lluvia caía sobre los árboles y jardineras del parque. Te digo que eso me dio mucho miedo y me entré de nuevo. Al ver hacia el parque noté que el apagón había sido parejo en toda la ciudad y solamente el gorgorito de los policías se dejaba notar a muchas cuadras de distancia.

Nicanor González narraba al niño todo aquello que no pudo hacer con personas adultas. Quizás no le hubieran creído, tal vez se hubieran reído de él. Pero Ebano, sí le ponía atención; estaba completamente entretenido con la narración.

"...Los pitazos de los policías me dieron confianza y valor, pero por momentos vacilaba. La luz no venía aún y la lluvia continuaba. Figurate que jamás me había pasado una cosa igual, ni aun cuando tuve una guardianía en el cementerio de la Verbena, que eso ya es mucho decir. Bueno, volviendo a lo de aquí, me encerré y me preparaba a dormir cuando de pronto, Toc Toc Toc, tocaron la puerta. Yo no fui baboso y miré por la rendija primero, para abrir después.

-Don Nica, perdón don Nicanor, ¿y todo esto cuando pasó?, preguntó Ebano muy intrigado.

-Pues para que te asustés, fue la semana pasada, justamente la primera noche que pasé en el parque durmiendo en la guardianía. Aún no pasábamos todo, es decir palas, picos, piochas, y en fin toda la herramienta de los mozos. La primera noche me quedé cuidando alguna tubería, que fue lo que primero trajeron. Bien, pero no me quiero salir del guacal y quiero terminar de contarte lo que me sucedió. Te decía que estaba viendo por la rendija, cuando divisé la figura de un sacerdote con su sayal; deduje que era franciscano y como la iglesia de San Francisco estaba muy cerca, pensé que algo se le ofrecía. Abrí la puerta y cuando salí no había nadie. Busqué por los jardines cercanos y ni señas del padrecito. Ajá, me dije, esto no es así nomás y estoy siendo víctima de algún espanto. Lamentablemente cuando pensé en eso, sentí las canillas pesadas, pesadas, y la lengua como dormida. Pero aun así pude entrarme a la guardianía. En las noches siguientes sólo observaba por las

Copyrighted material

LA CALLE DONDE TU VIVES

Héctor Gaitán

Sr. Patrocinio Galicia Arroyo, fue barbero personal del Licenciado don Manuel Estrada Cabrera, cuando el expresidente estuvo detenido, después de su derrocamiento. El Sr. Galicia Arroyo, falleció a la edad de 93 años y constituyó para Ebano, una fuente inagotable de experiencias en lo que a tradición oral se refiere.

Copyrighted material

de la puerta. Doña Lencha se fue acercando para comentar en voz alta:

-No hay babosadas, el que la hace la paga...Este cabrón debía mucho; con decirles que en las noches hasta mi casa se escuchaban los gritos; sin duda cuando éste ya miraba visiones, o talvez los espíritus de tanto inocente no lo dejaban en paz.

El cadáver de don Guillermo yacía tendido con la vista fija en el cielo raso del pequeño cuarto. Tenía los ojos abiertos y su cabeza reposaba sobre un charco de sangre. En la mano derecha muy aferrada aún mantenía una pistola calibre 38. El Juez realizaba su labor de rutina, registrando al muerto y levantando el acta de rigor.

-Es un caso típico de suicidio -manifestó el Juez. En una camilla colocaron el cuerpo sin vida de don Guillermo, cubierto con una sábana blanca; subieron el cadáver por el estrecho callejón hasta la 22 calle donde esperaba una ambulancia. Inmediatamente se procedió a sellar la residencia con unos papeles que colocaron los ayudantes del juez.

Ya en torno a doña Lencha se había reunido regular cantidad de vecinos. Ebano estaba en primera fila escuchando todo sin perderse un solo detalle.

-Por la lengua de este hombre fusilaron a muchas personas y otros cumplieron condenas inocentemente. ¿Saben ustedes quién era este hijo de la chingada? Pues nada menos que un oreja despreciable de la dictadura ubiquista. Dicen que tenía leucemia, pero no hay tales, lo que tenía este infeliz era el alma envenenada y su conciencia no le dejaba tranquilo. Por eso, por lo mismo, él, con su propia mano se hizo justicia; así tenía que ser muchá, por eso no hay que ser malo, no hay que joder al prójimo por gusto, ni abusar de un chingado puesto.

Copyrighted material

LA CALLE DONDE TU VIVES

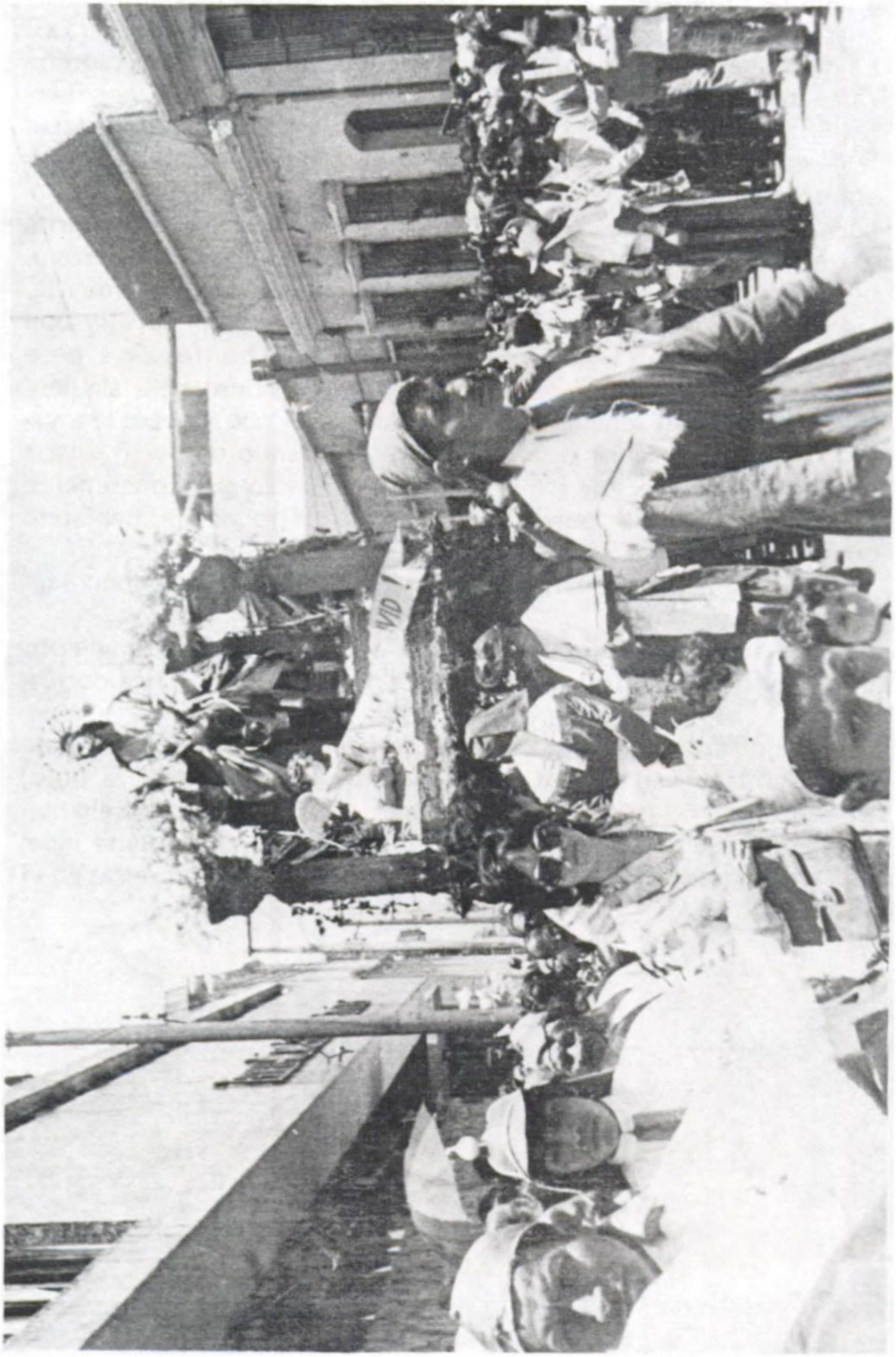
Héctor Gaitán

Huelga de Dolores, año 1945.

Copyrighted material

LA CALLE DONDE TU VIVES

Héctor Gaitán



Tradicional procesión de la Borriquita, del Templo de Capuchinas.

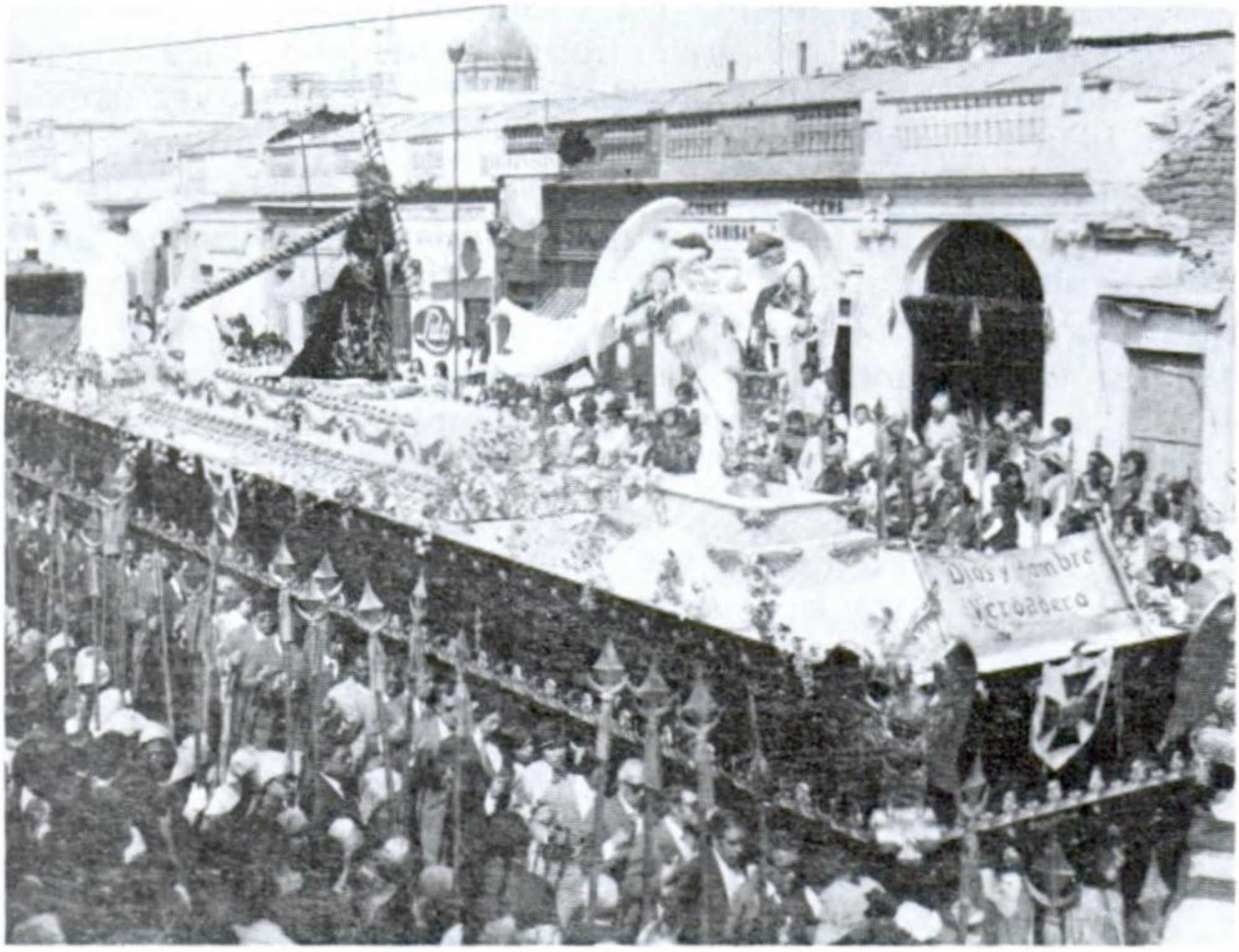
Copyrighted material

LA CALLE DONDE TU VIVES

Héctor Gaitán

-Eso es imposible porque ellos ya murieron; lo que te cuento sucedía hace muchos años. Sólo ha quedado el mote de "los coheteros" a las personas que de nada riñen y que no les importa la presencia de amigos o familiares para hacerlo.

Otra vez la sonrisa clara de Ebano se escuchó en toda la casa. El barrio se animaba con el silbato del afilador que ofreciendo sus servicios lo tocaba. La campanilla de los heladeros, que se disputaban a los patojos glotones, hacía competencia en sonido musical de día grande. Todos corrían hacia donde estaban los heladeros; eran helados de nieve pura, en carretitas de madera. Todos comían, y los más gafos chupaban sus granizadas o apretados, de aquellos que ya no hay, de los que también se fueron con aquel barrio, con aquella Guatemala.



La solemnidad de las procesiones en la capital de Guatemala, es impresionante.

Copyrighted material

-¿Y a ellos por qué los mataron? -inquirió Ebano.

-Ellos fueron personas desafectas al gobierno de la época, al gobierno de don Jorge Ubico. Aquella fue una dictadura total, con decirte que a Sánchez Batten la policía secreta de Guatemala lo capturó en México, violando todas las reglas internacionales y se lo trajeron a Guatemala. Aquí se le encarceló, se le vejó y finalmente se le asesinó en este barranco. El fue un excelente periodista y escritor; había nacido en la ciudad de Quezaltenango. Max Aldana, un mecánico muy conocido, se vió invlucrado también en problemas políticos y aquí pagó con su vida aquella osadía. ¡Imagináte, vos Ebano, matar a un hombre sólo porque piensa distinto a uno!

- ¿Entonces por eso querés vos hacer un parque aquí?

-Así es, por eso mismo; y porque quede un testimonio de lo que ojalá no vuelva a pasar en Guatemala.

Cheyo y Pijuy regresaban corriendo con sus frascos repletos de pececitos. Los dos niños comían golosamente jugosas guayabas y ofrecían a Ebano. Marín también alcanzó, había suficiente.

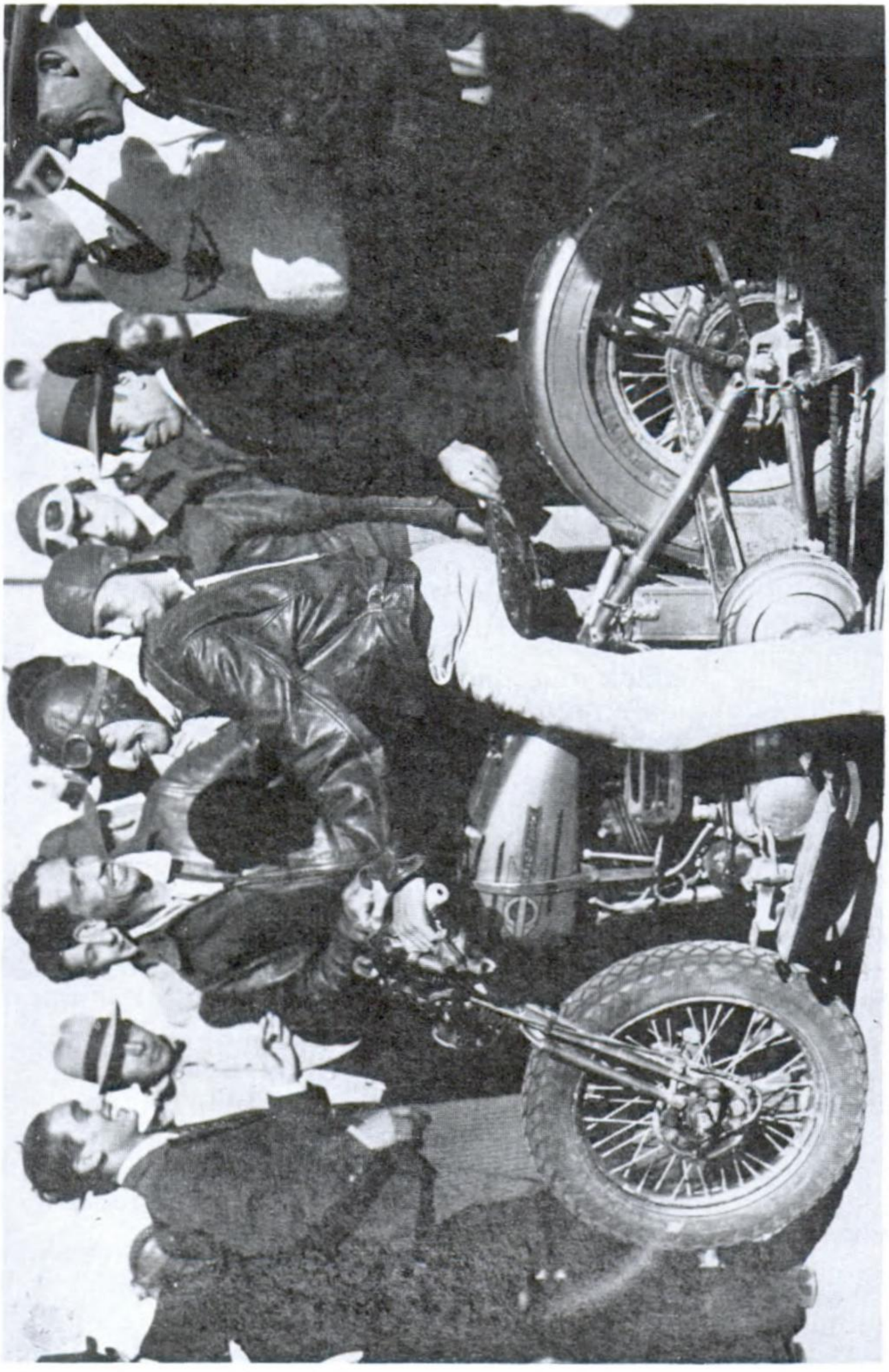
-Encontramos un bonito guayabal -comentó Pijuy, agregando: Lástima que no tenemos una bolsa grande; si la tuviéramos hasta pasábamos vendiéndole las guayabas a doña Tona en el mercado de la palmita.

Marín dejó por un lado sus "ambiciones" políticas, volvió a ser niño nuevamente al subir con Cheyo, Pijuy y Ebano al viejo guayabal del barranco del Campo de Marte. Quizás los mártires sonrieron desde el más allá al escuchar aquel proyecto tan puro como inocente. Ebano no soportó más y se dejó caer del árbol; nadie comprendía su risa, todos le observaban desde lo alto. Después la risa fue contagiosa, cuando pudieron apreciar que Marín cortando guayabas en lo más alto mostraba uno de sus blancos glúteos sin darse por aludido. El negocio fue redondo, doña Tona compró las guayabas y los "lenes" fueron repartidos equitativamente, cinco para Ebano, cinco para Pijuy, cinco para Cheyo y tres para Marín. Un día más había pasado. Al otro día asistirían a la procesión.

Copyrighted material

LA CALLE DONDE TU VIVES

Héctor Gaitán



Aquellas románticas competencias de motos, con señores de sombrero y corbata como jueces y espectadores.
(1945)

Copyrighted material

del niño, sin apartar la vista del frente.

La noche había caído, la iluminación del andas era espléndida y con los focos colocados artísticamente, el rostro del redentor del mundo aparecía tan real que daba la impresión de estar dormido.

-Entonces ya no me dará tiempo a entregarle el pantalón de Judas a doña Cristobalina.

-¿Pero qué tonteras está diciendo usted?

-Escuchame. Vos sabés que el pantalón de Judas se pone atrás de la puerta toda la noche, y al otro día se le pone a uno de los Judas que van a quemar los patojos y así consigue novio doña Cristobalina. La madre de Ebano no pudo contener la risa, pero a la vez interrogó al niño, ya con seriedad:

-¿Quién le ha metido esas cosas en la cabeza?

-Nadie, yo lo escuché cuando lo contó la Mina y doña Cristobalina me dijo que si le conseguía un pantalón viejo me daría veinticinco centavos, pero que el pantalón tenía que ser de un pordiosero.

-Ay niño, peor si ya se metió en otro lío, ya no se qué hacer con usted.

-Vos no te preocupes, porque Chilo me vendió uno de él en diez len.

La madre del niño ya no supo qué hacer. Sabía que el mentado Chilo era un demente que deambulaba por los basureros del barranco y allí dormía el infeliz, sumido en lo más inmundo que pueda concebir el ser humano.

El recorrido procesional había finalizado. La Granadera epilogó aquellas conmemoraciones. Todos regresaron a sus casas ya casi al filo de la media noche. Una Semana Santa más había concluido; una vez más las imágenes se quedarían esperando otro año. Los cucuruchos de negro encajonarían sus túnicas para otra ocasión. La diez y ocho calle se quedó silencia, "íngrima y sola", como diría una anciana de la época.

Copyrighted material

LA CALLE DONDE TU VIVES

Héctor Gaitán

Había entrado casi junto con el General Ubico, sólo que uno a la presidencia y el otro a la penitenciaría. De 1932 a 1945, por dos semanas, no cumplió los trece largos años. Se relacionó con lo más granado de la delincuencia nacional, vio atrocidades, vejámenes, crímenes y fusilamientos, crímenes amparados por la ley. ¡La ley! ¿Cuál ha sido la ley en Guatemala? Barrios hizo su ley, Estrada Cabrera lo imitó, le imitó Ubico y desgraciadamente le siguieron muchos más. ¡Cada quién tiene "su ley"!

Gráfica del árbol de Cush, tomada ya cuando la Penitenciaría, había sido desocupada. Dos meses después fue demolido para construír en su lugar, el edificio de Finanzas. (Foto del autor).

Copyrighted material

que fueron comentados, son los siguientes: 18 de septiembre de 1934, fueron fusilados en ese lugar los implicados en el complot contra el régimen del General Ubico. Estos políticos fueron: el Lic. Efraín Aguilar Fuentes, estudiante universitario Jacobo Sánchez Calderón, estudiante universitario Humberto Molina Santiago, Lic. Juventino Sánchez Calderón, hermano mayor de Jacobo Sánchez; Marcelino Ortega Fajardo, obrero; Coronel Luis Guzmán Ortíz, Moisés Zamora Mejicanos y el coronel Rómulo Barrientos. En el año de 1942, el 25 de marzo, fue fusilado el joven gánster guatemalteco Lionel Arís De Castilla. Había realizado varios asaltos y matado a un comerciante en su propia casa. En el mismo año, el 24 de junio, fue fusilada la mujer más anciana que haya sufrido semejante pena; era de apellido Linares, estaba involucrada con su hijo en el crimen de una mujer. El hijo se suicidó dos días antes que los fusilaran. Ella al morir tenía 66 años.

Antes ya habían fusilado a los del famoso crimen del tecomate. Esta era una pareja de gente humilde; la mujer para quedarse con el amante planeó la liquidación del esposo, colocándole en su tecomate una buena dósis de rosquillas desechas. El crimen fue descubierto y éstos apresados y después fusilados en el lugar de nuestro comentario; sus nombres: Pedro García Gesenahüer y Mauricia Hernández Urbina. Otro fusilamiento, muy comentado en su época, fue el de Cuevas Rógel, carpintero naval, acusado de complotar contra el gobierno. Quizás hubo otros fusilamientos que escapan a la investigación realizada, dentro de lo que fue el recinto penitenciario. Hubo muchos más en aquella época, pero en otros sitios, como por ejemplo los fusilamientos en el interior del Castillo de Matamoros, hoy cuartel general del ejército, cuando la sublevación de los sargentos, a principios de la década de los cuarentas. Justo es reconocer que la delincuencia organizada fue duramente castigada durante aquel régimen, que no miró caras ni tamaños para limpiar a Guatemala de asaltantes y asesinos. Lamentablemente, en otro orden de cosas, los crímenes en contra de las personas que no pensaban como el gobernante y sus esbirros, pagaron con su vida los atrevimientos de permitirse enmendar la plana a los hombres de aquel momento. Aún así, aquel régimen se queda empequeñecido ante las atrocidades y genocidios cometidos por las extremas en los últimos diez años.

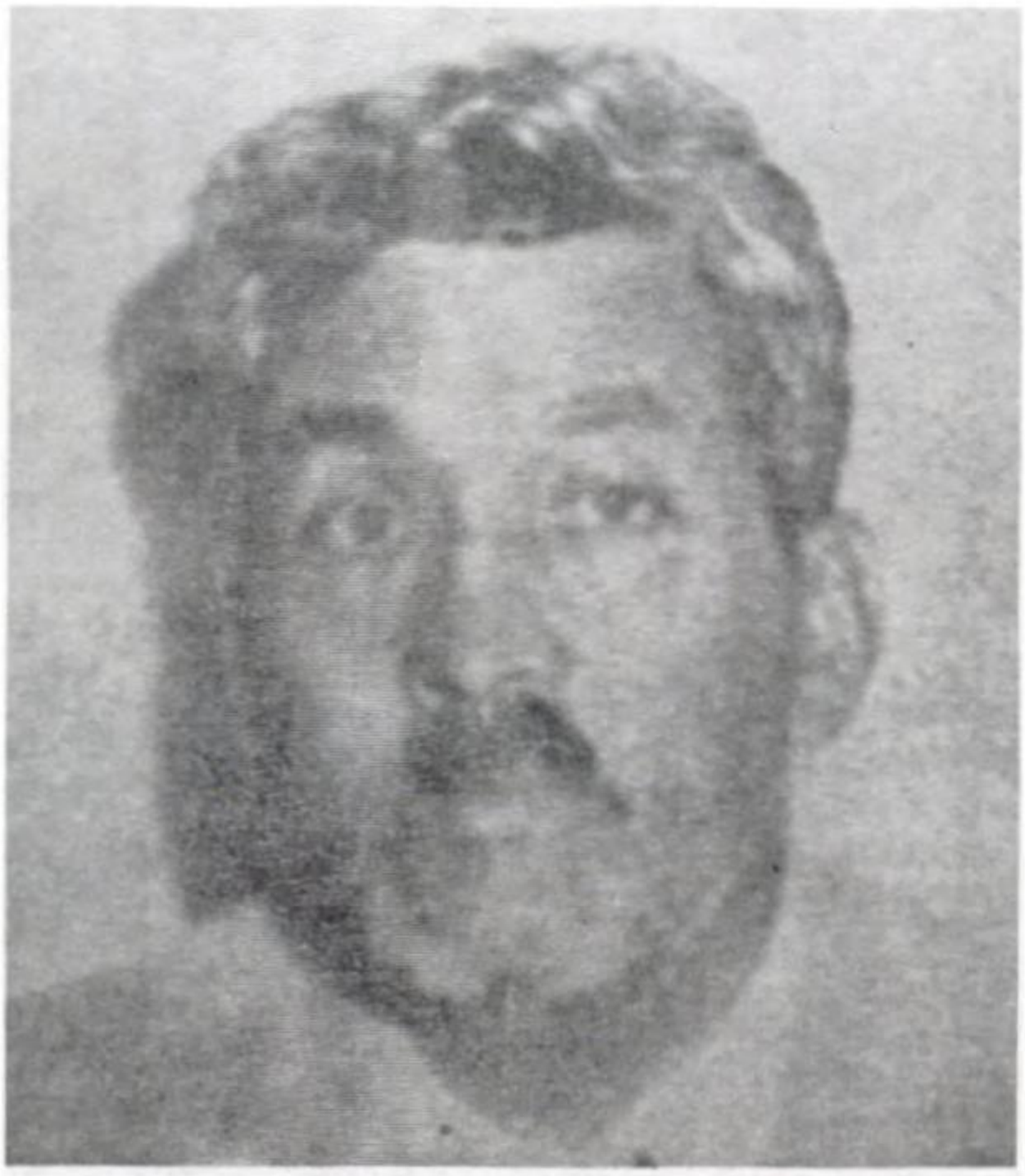
Pero Tiburcio Cordón Oliva, en las noches siguientes, al quedarse posando con sus parientes en la carbonería, gritaba por las noches. Hablaba dormido, constituía un problema para vecinos y familiares.

"...No, ya no quiero mancharme las manos con sangre, no por favor, quiero salir de aquí, creo que estoy maldito en este lugar donde más me estoy hundiendo... ¡Señor Alcaide, por favor, ya no quiero ese puesto!

-No hay más que te vas mañana mismo, mijo -ordenó Güité a su sobrino, agregando:

-Ya es mucho molestar al vecindario, no dejas dormir y ni vos estás en paz con tu alma. Es mejor que te vayás donde nadie te conozca. Ya estuviste quince días aquí, creo que es

Copyrighted material



Coronel Luis Guzmán Ortíz, otro de los fusilados aquella trágica tarde de 1934.

Obrero Moisés Zamora Mejicanos, involucrado en los sucesos de 1934, también pagó con su vida aquel intento. Fue fusilado con Aguilar Fuentes y compañeros.

Copyrighted material

no se fue acercando con el afán de verle la cara al pobre reo, que trataba de esquivar todo contacto con su mundo exterior. Era algo como si al hombre no le gustaba lo que hacía. Cuando Ebano le localizó la cara, el hombre se quedó con la mirada perdida en el azul nítido del cielo, sin que hubiera poder supremo que le hiciera bajarla. Solo la bajó hasta que la melodía terminó.

La tarde iba cayendo, la micra de libertad de los presos llegaba a su fin; los sargentos, soldados y artilleros se despedían de sus dulcineas. Ahora flotaba en el espacio el humo espeso de las ventas de café, tacos y tortillas rellenas, que neutralizaban los perfumes "7 machos" de las domésticas. Pasarían largos días para volverse a ver de nuevo. Una semana entera suspirando para realizar planes, para una vida nueva. Doña Francisca hizo una seña dando a entender al niño que era hora de partir, pero Ebano se resistía.

-Esperate, quedémonos aquí para ver a la Siguanaba como se baña en el estanque.

Una ancianita que tomaba café, sentada en una larga banca, llamó a Ebano para indicarle:

-Aquí no sólo sale la Siguanaba; también salen las ánimas de los que mataron en 1920 cuando la caída de Cabrera. ¿No te daría miedo quedarte aquí?- preguntó finalmente la anciana, sonriendo con el niño.

-Yo soy hombre y no tengo miedo, yo me lucharía con la Siguanaba.

-¿Saben ustedes lo que sucedió en todo este sector? Aquello fue espantoso, mataron a mucha gente inocente que ni siquiera tenía que ver con la buruca política.

Ebano levantó a unas personas para acercar más la banca y escuchar el relato. El auditorio de la ancianita lo integraban dos lustradores, un soldado, dos hombres de madiana edad y la abuela del niño. La señora que atendía el negocio parecía ajena a los relatos de la viejecita.

-Ustedes, de casualidad, ¿no escucharon nunca el caso de Teódulo Méndez?- preguntó la anciana al reducido auditorio.

-Noooooo!

-Eso fue rejodido; sucedió en el año de 1920, cuando la asonada que derrocó a Estrada Cabrera. Estos lugares cercanos al puente de la Penitenciaría fueron testigos de lo que pasó. Yo supe de todo esto porque Teódulo era mi tío político. Era un hombrón bien dado, mero regular y más cantineador que ninguno. Nosotros en ese tiempo vivíamos por la avenida Bolívar, más bien cerca del Barrio de San Gaspar, porque la Bolívar por

Copyrighted material

a la valiente mujer; allí estaba su cuerpo tirado cerca de dos militares de los que combatieron a la dictadura y murieron como fiel ejemplo a sus compañeros.

-Los cuerpos estaban destrozados, quizás una granada disparada desde "La Palma" dio en el blanco y no contaron más el cuento. Teódulo, al ver el cuerpo destrozado de su amada, recordaba los momentos cuando fueron felices, las frases dulces que se decían uno al otro. Teódulo contaba que la muchacha siempre le decía que el día que ella muriera la despedida sería muy especial. Teódulo no aguantó y soltó a llorar al momento que unos hombres cargaron con los cadáveres en unos tapexcos rústicos. Ahora pudo apreciar que a Cleotilde le faltaba un brazo; la explosión se lo había arrancado violentamente a la altura del codo.

La llamita del candil débilmente alumbraba el ambiente. Todos estaban prestos a cada palabra que la anciana pronunciaba. Ebano escuchaba y seguía formando imágenes, escenarios de los sucesos que él jamás vio. Los "Unionistas" los buenos, y los "Cabreristas" los malos, así se lo habían recalcado y así estaba marcado.

-¿Y por fin, don Teódulo en qué paró?- preguntó el niño, después de una pausa que realizó la ancianita para apurar un trago de café.

-Pues ya vas a ver lo que pasó. Teódulo se quedó ahí parado, después de apreciar aquella pesadilla del cuerpo destrozado de la mujer que tanto amaba. Los que le acompañaron lo dejaron solo con su dolor y sin despedirse se alejaron. Teódulo caminó un trecho para tomar un pequeño caminito, cuando pudo apreciar entre la maleza el brazo de Cleotilde. Lo reconoció por un lunar que tenía muy cerca de la muñeca; lo recogió y lo limpió con su pañuelo. En un momento supremo muy especial de un hombre triste, besó aquel brazo de la mujer amada; en ese instante los dedos se fueron abriendo y la mano extendiéndose como para acariciarle la cara. Teódulo, impresionado de la actitud de un brazo ya muerto, lo lanzó al monte y emprendió veloz carrera, alcanzando a uno de sus amigos a la altura de la Penitenciaría Central. Teódulo iba desencajado. A duras penas pudo articular palabra y narrar lo sucedido. Cuando yo le vi en el hospital ya estaba agonizando; a los pocos días falleció, dejándonos una historia macabra conocida como "El caso de Teódulo Méndez".

Copyrighted material

chando en bolsas de papel los pequeños panecillos de harina. Ebano se sentó nuevamente en el banquito. Una vez más el puesto quedó en silencio, mientras el churrero contaba las monedas y viendo a Ebano con el rabillo del ojo, sin soltar de las comisuras de los labios un cigarrillo, le manifestó a manera de recordatorio como para que jamás se le olvidara: -¿Sabés quién te regaló los cinco len?-. Ebano encuadró en su mirada al anciano y sólo negó con la cabeza.

-¿Sabés con quien hablaste? -interrogó nuevamente el churrero. Ahora Ebano sonrió y volvió a negar con la cabeza.

-Bien- principió diciendo "Churro Patético" en tono muy circunspecto -pues has hablando nada menos que con don Rafael Alvarez Ovalle; él fue quien escribió la música del Himno Nacional de Guatemala.

* * * * *

El pito triste de la locomotora que halaba el tren procedente de Puerto Barrios hacía su ingreso a las inmediaciones de la Estación Central. Otro pitazo y los patojos corrieron, encabezando el grupo Ebano, quien con los otros niños se paraban a pocos metros de la línea férrea para saludar de una manera muy peculiar a los pasajeros cansados y aburridos. Lo que hacía Ebano era imitado por los otros niños. Con los dedos pulgares colocados en los oídos, hacía muecas y caras con sacadas de lenguas a los pasajeros. Así fueron pasando los días. Ebano notaba muy deprimido a don Brígido; ya no es el mismo, decía Soledad. Brígido, el hombre de las carcajadas, había cambiado.

-Los hombres son mañosos, algo ha de tener este negro pícaro- comentó doña Francisca a la señora Soledad. La abuela de Ebano hablaba a veces en broma.

-Brígido, Brígido ¿qué tenés? -interrogó doña Francisca.

-Ay, doña Pancha, no lo quería contar, pero ya usted ve, no puedo disimular. Estoy preocupado porque aquí va a ver una tragedia, algo va a suceder.

En ese momento los perros aullaron y el pito del tren hizo más triste el momento. Los gallos a lo lejos también hicieron lo suyo. Doña Francisca se santiguó haciendo lo mismo con Ebano, que escuchaba la charla.

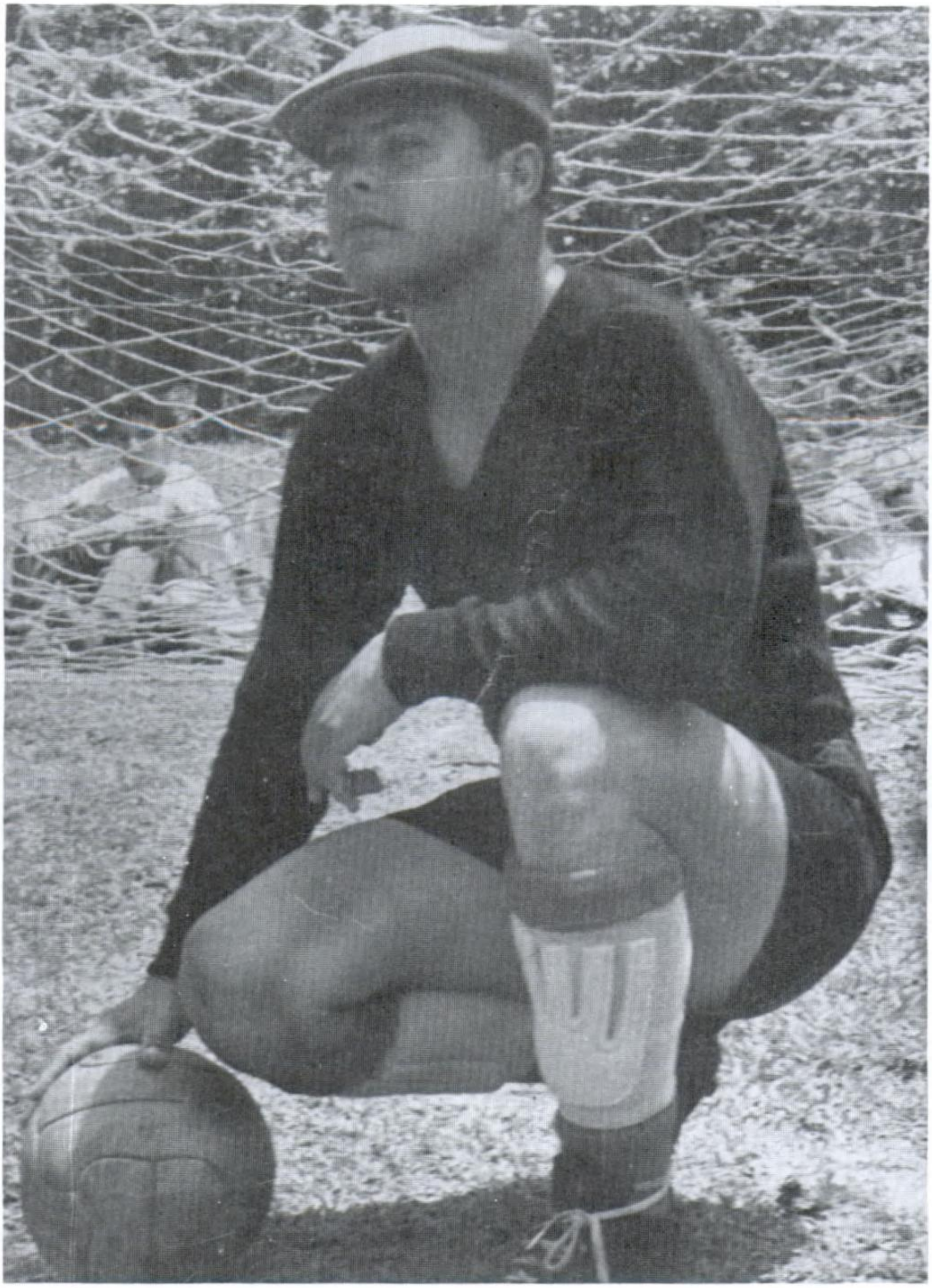
-Hay que rezar mucho, encomendarnos mucho a Dios -agregó doña Pancha.

La abuela se hincó a medio cuarto, y sacando su rosario dio inicio a su oración. La lluvia opacó las palabras. Ebano

Copyrighted material

LA CALLE DONDE TU VIVES

Héctor Gaitán



Por aquellos años, hubo un muchacho que ya se perfilaba como una gran figura del fútbol nacional. Años después brillaría en los estadios de América del Sur, jugando para la Universidad Católica de Chile, su nombre: Gabriel Urriola. El conocido "Candado Azul", falleció hace algunos años.

Copyrighted material

Inmediatamente doña Toribia comprendió la situación y para sus adentros dijo: "¡Pero si el patojo grande es pinto y parado, igualito a Güité!". En ese mismo momento la pelea se generalizó entre las dos mujeres, una joven y la otra ya entrada en años, pero aún con fuerzas. Afuera, un policía solicitaba refuerzos, los gorgoritazos sonaban a diestra y siniestra; sin duda alguna el velorio y entierro de Güité iba a dejar huella histórica en el anecdotario del viejo barrio.

Ahí, en una tumba sencilla; quedó Güité descansando para siempre.

Copyrighted material

LA CALLE DONDE TU VIVES

Héctor Gaitán

-¿Cuántos años hace? Qué sé yo, lo importante es recordar aquí en este lugar-. El hombre parecía hablar solo.

-Allí sentado, cigarrillo en mano, don Martín; Pijuy como siempre con más miedo que vergüenza, y Cheyo con su sonrisa sarcástica, que cuando se enojaba daba miedo. Y Ebano, por aquello de las moscas cerca de don Martín. El viejito se daba su paquete contándonos sus aventuras que daban miedo.

-¿Ven aquél mausoleo que está allá? Desde aquí se ve, aunque lo tapa el de este lado. Bueno, allí me pasó una cosa rejodida.

Don Martín chupó con fuerza su cigarrillo y como tratando de concentrarse para recordar mejor, vio a los tres niños uno a uno y prosiguió:

-No hace mucho, porque todavía cuando paso por allí se me pone la piel de gallina. Resulta que llegó una viejita una mañana muy hermosa y me contrató para que le pintara el mausoleo. Convenimos en el precio y principié el trabajo. Primero la raspada, que es lo más jodido; después la limpiada y luego la pintada. Tenía que dejarlo listo dos días antes del primero de noviembre, porque así se había convenido. Viene la familia a dejar flores, me dijo la viejita, y ni modo, había que terminar la chamba. Como faltaba una semana, me di tiempo suficiente para rasparlo y limpiarlo. Aquella tarde iba a dar inicio con la pintura, cuando se me apareció un patojito como de unos cińco años tocando una violineta, parándose como a medio metro de donde yo estaba chambiando.

-Ydiay vos -le pregunté, ¿qué diablos estás haciendo por aquí? Si se puede tu nana te anda buscando bien afligida y vos baboseando...

El patojito sólo reía conmigo y total me fregó porque yo también resulté riéndome con él. Cuando continuaba con mi trabajo pintando el zócalo, el niño tocaba una rara melodía con su violineta. Todavía me faltaba la parte de adentro del mausoleo, o sea la capillita, pero eso lo haría de último; todavía me faltaban dos días para entregar el trabajo. Cuando sonó el pito de las cinco de la tarde, guardé los botes, me lavé las manos y me preparé para salir; cuando vi, ya el patojito no estaba. Pero lo más serio es que ahora la musiquita de la violineta venía de arriba. ¿Y que creen? Pues que el cabrón patojo estaba encaramado justamente donde yo ya había pintado y no sé ni cómo se subió, porque la escalera ya la había entregado a un compañero que me la había alquilado. Fui a prestar nuevamente la escalera para bajarlo, porque me daba pena dejarlo allí; me costó

Copyrighted material

LA CALLE DONDE TU VIVES

Héctor Gaitán

Joaquina era una muchacha muy mal vista por el vecindario. Según comentaban, hacía escasamente diez años había delatado a un pretendiente al verlo en brazos de otra dama. El mancebo, en una ocasión complotó contra el gobierno constituido; todo había quedado en el olvido, pero los celos que son malos consejeros afloraron y la venganza se buscó en la delación. Eran los tiempos del general Ubico, y el hombre no se andaba con chiquitas para mandar al paredón al que anduviera con babosadas, como textualmente lo indicaba el temido exgobernante.

El drama fue muy comentado en su época, habían transcurrido diez años de los sucesos que culminaron con el fusilamiento del joven político y la gente del barrio no lo había olvidado. Cuando se desarrollaron los hechos, Joaquina apenas cumplía veinte años. Pasado el tiempo detallado, se constituía como una mujer hermosa frisando en la treintena. Mujer alta, digna de más de un piropo por las entonces silenciosas calles de la ciudad de Guatemala.

Aún cuando Joaquina jamás recibió en su pieza al famoso "chancle", los comentarios del vecindario iban más allá de lo visto y sabido.

-Já, esta tiene mucho que pagar -comentó doña Lencha en voz alta, indudablemente con el afán que se escuchara el minicomentario.

Siempre sucedía lo mismo, cuando los enamorados tomados de la mano desaparecían por el cruce de la doce avenida, se formaba el grupito inquisidor, juzgando en "ausencia" a la condenada. Ebano regresaba lamiendo un helado de dos bolas y viendo al grupo, quedó embelesado escuchando los comentarios. Doña Lencha lo fulminó con una mirada y haciendo ademanes con sus gruesas manos le increpó:

-Y vos, siempre recibiéndole chucherías a esa mujerota; ya vas a ver, se lo voy a decir a don Luis.

El niño no hizo mayor caso y continuó haciendo grupo. Ahora era doña Sara la que intervenía, en el improvisado "tribunal" callejero.

-¿Y saben qué es lo que ésta malvada no sabe?

- i ¡Queeee!!- inquirieron todos a coro.

Doña Sara se arregló un moño que se ataba y prosiguió: -Bueno, que este Chancle Aguacatero, mantenido de porra, está estudiando y ella lo mantiene, porque yo he visto con estos ojos pecadores, que le desliza los billetes en un descuido, cuando de pagar una cuenta se trata, porque lo que es ese infeliz, no tiene donde le pare un piojo.

Copyrighted material

El grupo se disolvió. Las luces de la ciudad principiaban a encenderse tímidamente, el sol iba cayendo en el horizonte, donde apenas si una línea rojiza marcaba el final del día. Los obreros del barrio regresaban de sus labores silbando; los aplausos atronadores de las tortilleras anunciaban una vez más la apertura de sus negocios. Juan "Cara Loca" venía haciendo "ochos", con su mecapal al hombro y sus lazos enrollados a la cintura. Juan era realmente un malabarista; daba la impresión que caía, pero no tocaba el suelo a pesar de las grandes borracheras que a diario armaba.

-Ebano... Ebano... -llamó con dificultad el anciano borrachín. El niño le esperó.

-Lo que me gusta es tu sonrisa de pícaro que tenés, pero no era para decirte eso. Te llamé porque lo que oíste con el vecindario es muy cierto. La Joaquina tiene las suyas y las ajenas. Como lo contaron, causa de ella se soplaron a Roger. Ese sí que era un tipazo y simpático para más joder. Figurate vos que Roger tenía amores con la Joaquina y creo que hasta le había dado palabra de matrimonio, pero los peros nunca faltan y una vieja chismosa, que todavía vive aquí muy cerca de la línea, cuando fue a dejar un poco de ropa planchada, vio en la esquina del "Callejón Del Carrocero"* a Roger con otra traida en grandes besos. Te digo que más tardó el pobre muchacho en despedirse de la mujer, que la policía ubiquista capturarlo y hundirlo de una vez por todas.

Los grandes ojos de Juan Cara Loca expresaban más que sus palabras los sucesos de aquel año trágico. Ebano se entretenía con los relatos.

-Vos ni siquiera habías nacido cuando pasó todo eso. Pero es bueno que lo sepás, para que no ignorés nada y conozcás a la gente... Ah, esos sí fueron hombres de pelo en pecho, patriotas íntegros en todo el sentido de la palabra. Allí murieron profesionales, obreros, estudiantes, y por qué no decirlo, militares insobornables, incorruptos. ¡Lástima de grandes valores que cuanta falta hacen hoy a la patria!

-¿Pero y qué fue lo que pasó, pues?- interrogó Ebano más intrigado.

-La verdad del caso es que a todos los del complot los capturaron porque nunca falta un judas en la escena, pero Roger se escondió y salió del país; pero confiado regresó, como él lo in-

---

* Callejón del Carrocero hoy 15 calle "A" y 12 Av. Zona 1

Copyrighted material

dicaba, por la tristeza de dos mujeres: Guatemala y la Joaquina. En realidad el joven revolucionario estaba en el movimiento pero no como figura de primera línea. Era un colaborador y la gente comprometida le tenía una gran confianza. Roger era un muchacho alegre, jodón, bromista y muy buena gente; se dió a querer con todos aquí en el barrio. No podía ver una necesidad porque allí acudía él con su ayuda; hizo muchas campañas de esas que no se olvidan, pero lamentablemente así es la vida, los buenos se van y este buen hombre nos dejó así violentamente, con un adiós que nos dolió mucho a todos. Por eso, Ebano, la gente no quiere a la Joaquina, que Dios la perdone, como pienso que ya la perdonó Roger.

El tiempo siguió su curso, los días, los meses, todo lo que va formando el quehacer diario de la gente sencilla, de un barrio donde se sueña y el mañana es incierto. Ebano trataba inútilmente de elevar un barrilete a lo largo de la veintidós calle. Finalmente se dio por vencido, enrolló el hilo, dobló cuidadosamente la cola del barrilete y caminó sin rumbo. En la esquina estaba el chancle, siempre esperando. Ebano corrió con todas las fuerzas que le daban sus cinco años.

-¿Te llamo a la Joaquina?-. El joven estudiante sonrió y dio su consentimiento al niño para que procediera.

Caminaron tomados de la mano, forjando ilusiones en las nubes. Soñando con patojos gordos y bonitos. ¿Qué importaba lo que dijeran? "¡Qué chingados, yo le quiero!", pensó en voz alta la Joaquina, mientras le mordisqueaba la oreja al muchacho.

-Vine a la carrerita porque tengo algo que decirte-. La muchacha vio al joven extrañada.

-No, no es para tanto, no te asustés. Sólo quiero pedirte una campaña, necesito dinero porque salgo para Quezaltenango, tengo una emergencia y has de comprender...

-Sí, comprendo -acentó Joaquina con la vista perdida en la lejanía de la calle.

-Bueno, no es para ponerse así, no quería decírtelo, pero de todos me voy si no me ayudás.

-Vos sabés que todo lo que tengo es tuyo y no quiero que te vayás sin dinero. ¿Cuánto necesitás?

-Es mucho dinero, pero no importa, lo que puedas darme está bien.

-¿Cuánto? -insistió Joaquina.

-Bueno, por todo son como trescientos quetzales, pero ya veré que hago.

Copyrighted material

-Eso es mucho dinero, pero ya veremos.

Cuando salieron de Las Diamelas, ya "El Chancle" iba con más de siete cervezas entre pecho y espalda. Atravesaron la avenida para ver una vitrina. Ella pasó sus largos dedos por la cabellera del muchacho.

-No me gusta que te digan "Chancle"-. El sonrió y le dio un beso prolongado.

Desde que el famoso tenorio se fue la Joaquina ya no era la misma. Los días y los meses pasaron; el "Chancle" no dio señales de vida. El viaje de tres días a Quezaltenango se había prolongado en un interminable rosario de lágrimas y sueños truncados. Ni por más que "La Catracha" le fumaba el puro, no había modo que el hombre regresara.

-¿Que hago, doña Cecilia, que hago? -suplicó Joaquina a la supuesta pitonisa.

El pequeño cuarto apestaba a puro barato. Una luz tenue iluminaba el ambiente, el foco estaba pintado burdamente de verde y a la "Catracha" le daba un aspecto muy raro por el efecto de la luz indirecta.

-Creo que mejor le tiraré las cartas, para salir de dudas. Es increíble como usted, mijita, no olvida ese cabrón después del pago que le dio.

La mujer se arremangó para barajar las cartas y le vio a los ojos; con la luz verde reflejada en el rostro de Joaquina, ésta más parecía un espectro, había desmejorado grandemente y de aquellos ojazos ya no salían lágrimas porque su caudal había terminado.

-Tiene que haber mucha concentración para hacer esto, de lo contrario gastará por gusto -dijo enfáticamente la "Catracha".

La extraña mujer cerró los ojos y poniendo las dos manos sobre las cartas, reclamó algo a Joaquina.

-No me concentro, creo que hay que sacar al niño del cuarto. Ahora si no es el niño, es usted, Joaquina, la que no se concentra y no me deja trabajar.

Ebano salió de la pequeña habitación. No obstante, la voz de la mujer se escuchaba perfectamente hasta donde el niño estaba sentado en un banco.

-Tome mis manos -ordenó la mujer- agregando: -Sienta mi fluído magnético, piense en él y con usted repetiré su nombre para atraerlo.

Hubo un silencio profundo, Ebano espiaba por el espacio de una lepa indiscreta. Hasta ahora el niño iba a conocer el nombre del famoso "Chancle". Joaquina estaba tensa tomando

Copyrighted material

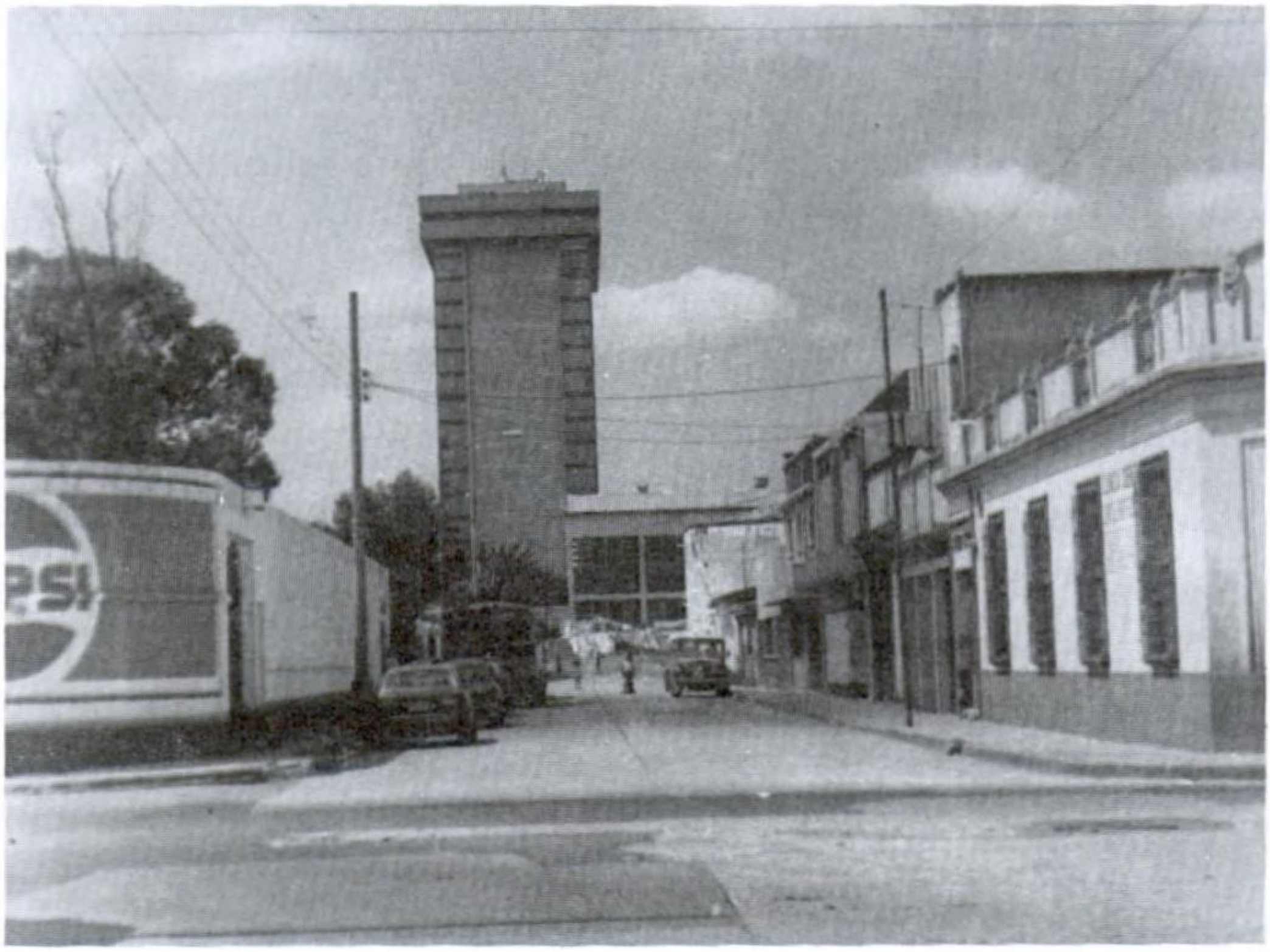
las manos de la "Catracha", la mujer le seguía ordenando.

-Piense en él. Por favor piense en él, no lo deje, atráigalo. Ahora el humo era más denso, era difícil apreciar más por la cortina.

-No hace falta tirar las cartas, yo le aprecio y le diré lo que he visto.

-No, por favor, no diga nada -suplicó Joaquina hundida en la desesperación y llanto. Pagó los dos quetzales y salió de la mano de Ebano rumbo a la calle.

Aún cuando el tiempo pasó, quién sabe si Joaquina olvidó al famoso "Chancle"; lo que sí se supo años después es que los trescientos quetzales "prestados" fueron usados para su graduación como médico y cirujano y casamiento de una vez con encopetada dama de la mejor sociedad quezalteca.



La veintidos calle, viejo escenario de aquellos hechos.

Copyrighted material

LOS DIENTES DE LOS MUERTOS

Entraron como alma que se lleva el diablo por la puerta principal. Era temprano, la mañana lucía plomiza y amenazaba por momentos una llovizna que en la madrugada había humedecido tumbas viejas y mausoleos modernos. Los obreros, albañiles, sepultureros, barrenderos y policías, desde una hora antes ya estaban en el cumplimiento de sus labores en el interior de la necrópolis capitalina. Los tres patojos no dejaron de correr hasta tirarse en el verde césped, cercano a una vieja tumba, donde dos querubines regordetes señalaban el cristo de una capilla.

-Yo creo que nos vieron -sentenció Pijuy, agregando: -No ven que el traido de la seño siempre la va a dejar en moto a la escuela. Yo ya había pasado la calle, pero a vos, Ebano, se te quedó viendo con unos ojotes de quererte tragar.

-Y pior que te habías comprometido a redactar el periódico mural del grado para el concurso del 15 de septiembre -acotó Cheyo.

Ebano sólo se encogió de hombros, sacó su pan con frijoles y comiendo y comentando dijo a sus compañeros:

-No tengan pena, ya cuando lleguemos el lunes se le pasó el enojo; hoy lo mejor es sacar las canoas y resbalarnos en los cerritos.

Las canoas no eran más que viejas vainas de corozo, que los niños las habían escondido muy bien en una ladera del barranco. Cuando pasaron por los tramos de nichos, recordaron que una vez que se realizaban las extracciones de cadáveres que ya habían cumplido su tiempo, alguien buscaba entre el ropaje de estos algún objeto de valor. Otros entre los huesecillos blanquesinos de las manos, algún anillo. Había entre el grupo de hombres uno más osado que con un pequeño alicate, registraba entre las mandíbulas inferiores y superiores para ver si encontraba alguna pieza dental de oro puro. Como la llovizna arreciaba, las canoas se quedaron escondidas en sus sitios para una mejor oportunidad.

Después de la llovizna, se desató un torrencial aguacero; no hubo más que guarecerse en el alero de un antiguo mausoleo. Los niños con la agilidad de su juventud treparon al pequeño templete y esperaron pacientemente que pasara la lluvia y que dieran las doce para poder regresar a la casa, diciendo que habían ido a la escuela. Entre la brisa que producían los aguaceros, Ebano pudo divisar la figura de un hombre obeso que corría apre-

Copyrighted material

surado entre charcos formados por la lluvia; irremesiblemente el hombre se dirigía al sitio donde los patojos pasaban el agua.

-Muchá... Muchá, ese es el hombre que le sacaba los dientes de oro a los muertos -indicó Ebano. Los niños vieron cómo el hombre se iba acercando. Ahora la lluvia caía con más fuerza, los sauces se balanceaban con el viento, los pájaros volaban presurosos para salvarguardar quizás la vida de sus polluelos.

Finalmente, el hombre llegó bien mojado hasta el sitio donde los muchachos estaban. Como pudo trepó en el templete y allí, al igual que los patojos, quedó sentado con los pies al aire. Ahora estaba feliz y seguro de que la lluvia no le alcanzaría.

-¿Ustedes qué hacen por aquí?-. El hombre interrogaba a los muchachos. Ebano fue el que contestó:

-Bueno, hubo feriado en la escuela y dipusimos darnos una vuelta por el cementerio.

-Así es, señor -acentó Pijuy-. Hubo feriado... Hubo feriado...

Ebano había reconocido aquella fisonomía, era difícil olvidarla. Incluso el niño hasta había tenido pesadillas cuando soñaba al hombre extraer bruscamente las piezas dentales a las calaveras. Difícilmente olvidaría aquella cara. Por un momento quizo salir corriendo, sabiendo que sus compañeritos le seguirían, pero se abstuvo. Algo se lo impedía. Ahora la tempestad se hacía más notoria; daba la impresión que el diluvio jamás terminaría. Ebano clavó sus grandes ojos en los del hombrón. Prácticamente le dominó con la mirada, el hombre evadía los ojos del niño.

Los otros dos muchachos, Cheyo y Pijuy, también miraban al desconocido. El silencio fue roto violentamente.

-Bueno ¿tengo micos en la cara o qué?

El hombre visiblemente enojado encaró así a los niños. Pijuy no se amilanó y respondió.

-No sé si estamos equivocados, pero usted sacaba muertos, ¿verdad?

-Así es, pero eso ya hace como dos años que no lo hago; me despidieron, hubo recorte de personal y ahora trabajo como ayudante en las obras particulares del cementerio. Bueno ¿y cómo saben ustedes que yo sacaba muertos?

-Una vez que nos venimos de capiuza lo vimos en los tramos de nichos cerca de la entrada, y es más, miramos cómo le sacaba los dientes de oro a las calaveras.

Ebano fue el más concreto en señalar al hombre. Este son-

Copyrighted material

titud. Ya de por sí me marginaban cuando averiguaron que yo había sido maestro de escuela, pero por la maldita bebida me habían despedido y fui cayendo y cayendo hasta parar en aquel trabajo que era de simple ayudante. Ni siquiera tenía los conocimientos de un albañil. En ese camino dejé todo; una novia bonita que también era maestra y todos los amigos. Me encerré aquí donde difícilmente lo identifican a uno, porque ustedes se han de fijar bien; cuando entierran a alguien, nadie se fija en los enterradores, pasan desapercibidos, casi marginados deliberadamente por los deudos de algún difunto. Bueno, el caso es que yo llegué a reunir muchas piezas de oro, entre puentes, dientes, pequeñas prótesis, y cuando bien me iba, dentaduras completas del brillante elemento. Yo iba guardando en una bolsa de cuero todas las piezas; quería muchas y llevarlas de una vez al joyero de la doce avenida.

-Cuando con la fuerza que me daban las manos sacaba los dientes a los muertos, creía ver las muecas de dolor en las calaveras; pero me decía a mí mismo: ¿Qué me puede pasar? Nada, absolutamente nada, y continuaba con mi labor macabra. Cada día la bolsa de cuero se iba poniendo más grande, sentía que mi ambición no tenía límite; me daba vergüenza de mí mismo, pero a pesar de ello continuaba adelante.

La lluvia no parecía alejarse, por el contrario, en oleadas de brisa y goterones caía implacable sobre el cementerio. Apenas si alguna persona se aventuraba a pasar por allí con paraguas y un ramo de flores.

-Le han de haber querido mucho en vida para que le vengan a dejar flores en un día tan lluvioso- manifestó Pijuy, interrumpiendo al narrador. Todos callaron al muchachito; estaba más interesante lo que el ex-maestro de educación primaria y ahora ayudante de albañil contaba a los patojos. Este sólo vio de reojo a Pijuy, y garraspeando para aclararse la voz continuó:

-Una tarde, después del almuerzo, dispuse dormir un rato bajo los árboles enormes de este cementerio. Me quedé profundamente dormido y en el sueño pude apreciar cómo alguien me fue a despertar y como un mudo sin poder hablarme me señalaba la bolsa con las piezas dentales. Desperté sobresaltado, justamente cuando una sirena a manera de pito marcaba las dos de la tarde. No dije nada a nadie; temí que fueran a burlarse de mí los compañeros, pero eso me preocupó realmente. Así dieron las cinco y marché a mi casa. Vivía yo en ese entonces en una covachita que alquilábamos con otros compañeros en una ladera del sector norte del cementerio, justamente en el barrio del Ga-

Copyrighted material

llito. Desde el patio de la covachita, fácilmente se miraba el panorama del cementerio; únicamente había un pequeño barranco de por medio. El sueño del medio día me había dejado intrigado, preocupado y por qué no decirlo, con miedo.

* * * * *

-¿Cuánto me da por la bolsa entera -preguntó el hombre al viejo joyero que examinaba algo con un lente casi introducido en la cuenca del ojo derecho. Se lo quitó parsimoniosamente, depositó el contenido de la bolsa de cuero que había en el mostrador y el joyero reaccionó asombrado de ver tanto ojo junto. Sus huesudas manos fueron tomando pieza por pieza y analizándolas a la vez que les ponía una micra de ácido especial para analizar la pureza de su contenido.

-Muy bien... Muy bien, quién iba a decir que en un cementerio haya tanto oro junto. Los muertos ya no lo necesitan y ya ve, nosotros sí, y cuánta falta nos hace -argumentó el joyero. El hombrón desaliñado parecía nervioso; deseaba salir de aquellas piezas cuanto antes; daba la apariencia que le quemaban las manos. El sueño de la noche anterior no le dejaba en paz.

-¿Cuánto? -preguntó el joyero en forma tajante, sin dar tiempo a nada; y como sin darle interés a la bolsa con prótesis dentales de oro, continuó con su trabajo, con el aparatito introducido en la cuencia del ojo derecho. El hombrón atacó con una frase:

-Bueno, sabe lo que lo que vale la onza de oro y mi trabajo y...

-Y lo fácil que se los saca a los muertos -interrumpió el joyero. Un relojón de péndulo dió las siete de la noche. El joyero corroboró la hora con su reloj de pulsera y sin decirlo, manifestó su deseo de cerrar el negocio.

-Que sean veinte quetzales por todo y no se hable más -indicó el hombrón. El joyero le vio de pies a cabeza y casi lo fulmina. Principió apagando las luces como queriendo dar por terminado el diálogo. El hombre una vez más suplicó:

-Bueno, haga una oferta, no estamos peleando.

-Siete quetzales tengo aquí; si los quiere, magnífico, si no, no hay problema y que le vaya bien.

* * * * *

-Salí de la joyería decepcionado y más amargado que nun-

Copyrighted material

ca, imagínense ustedes ¡siete quetzales! Y lo peor del caso es que hasta la bolsa de cuero le dejé. Esta bolsa la encontré en manos de un cadáver casi completo; posiblemente perteneció a una señorita de alguna familia distinguida, pero como derribaron el viejo mausoleo, pasaron los restos de todos al osario, y la bolsita en un descuido me la escamoteé. A pesar de los años que tenía de permanecer en aquel mausoleo, se conservaba bien; era una bolsita de cuero con ribetes amarillo y rojo. Los siete quetzales no me sirvieron ni para empezar; los desbaraté en un dos por tres.

-Eso no tiene nada de miedo -acotó Pijuy.

-Momento piojo, que la noche es larga -agregó el hombrón con una sonrisa que dio miedo, porque en ese momento cayó un rayo cercano que hizo retumbar el pequeño templete donde se encontraban. Por un momento se pensó que la lluvia no pararía jamás.

-Hay cosas que jamás podrán ser explicadas por la materialidad del hombre, pero lo que a mí me pasó con esa bolsa y los dientes de los muertos jamás lo olvidaré, jamás. Apenas si compré algo de pan, unos huevos para llevar y algo de café; el resto lo disfruté en el primer restaurante que vi abierto. Como a las doce de la noche emprendí el viaje hasta el Gallito, llegué y felizmente me quedé profundamente dormido. Al otro día, cuando me disponía a tomar una taza de café, pude ver en la mesa la pequeña bolsa de cuero, con sus ribetes amarillo y rojo. Me acerqué, la toqué y recordé plenamente que se la había entregado al joyero de la doce avenida, no había ninguna equivocación; de lo contrario ¿cómo aquel hombre desconfiado me iba a dar el dinero? Apuré la taza de café y hasta entonces pude palpar el peso de la pequeña bolsa de cuero; al tomarla entre mis manos pude escuchar el ruido característico de las piezas dentales en su interior. Solté la bolsa, aquello me llenó de miedo. ¡No era posible! ¿Cómo llegó la bolsa otra vez hasta la covacha del Gallito? Esa mañana no fui a trabajar y me encaminé donde el joyero. Allí estaba; yo anticipadamente había colocado la bolsa de cuero en un morral que siempre cargaba. Saludé al joyero y así, sin ni siquiera contestarme el saludo, me preguntó:

-No me vaya a decir que me trae más oro porque no se lo voy a creer, pero si lo trae, pues bienvenido, no importa que sea de los difuntos.

-El joyero lanzó una carcajada que me heló el cuerpo. Mientras el hombre continuaba examinando no se qué joya con su lente, pude apreciar en la esquina de una mesita la bendita

Copyrighted material

bolsa de cuero. Inmediatamente busqué en mi morral y no había nada. Por momentos pensé que me estaba volviendo loco; lo que estaba viviendo no podía ser, realmente no podía ser.

-Bueno, en qué le puedo servir -preguntó cortésmente el joyero.

-No, nada, sólo pasaba por acá a saludarlo de carrerita. Sabe, pasé por aquí y pues me dije lo saludaré, sí, lo saludaré.

En la calle el hombre volvió a registrar en el interior del morral y ni señas de la bolsa de cuero. Respiró profundo. Quizás sea el producto de la goma, pensó para sus adentros. Había escuchado hablar del delirium tremens, de los daños que va provocando el licor y de la degeneración de las células cerebrales, de todo eso y más, pero en realidad no era para tanto; se tomaba los tragos, pero no como para que el asunto fuera un escándalo. Ahora estaba en su sano juicio, lúcido y miraba todo a su alrededor como nunca antes lo vio. Se palpó los brazos; sí, allí estaba, era él y no soñando.

Ebano movió al hombrón que se había quedado mirando fijo a un punto indeterminado, como pensando en la narración y la experiencia sufrida tiempo atrás.

-Usted se queda callado en lo más emocionante- dijo el niño. El hombre volvió a la carga; daba la impresión que al narrar aquel hecho, de repente vivía la aventura macabra.

-Regresé al cementerio; ya eran como las diez de la mañana. No sé por qué regresé, porque en realidad ya había perdido el séptimo día. Me dediqué a caminar por las calles silenciosas del cementerio. Meditaba en algo que ni yo mismo comprendía. En el sector de la isla, unos amigos construían un mausoleo y con el pretexto de saludarlos, emprendí el camino para ese lugar, pero no caminé mucho; a los pocos metros, con el movimiento de mis pasos, en el morral principió a escucharse el sonido clásico y sonoro de las piezas dentales. Apresuré el paso y el sonido ahora era mayor.

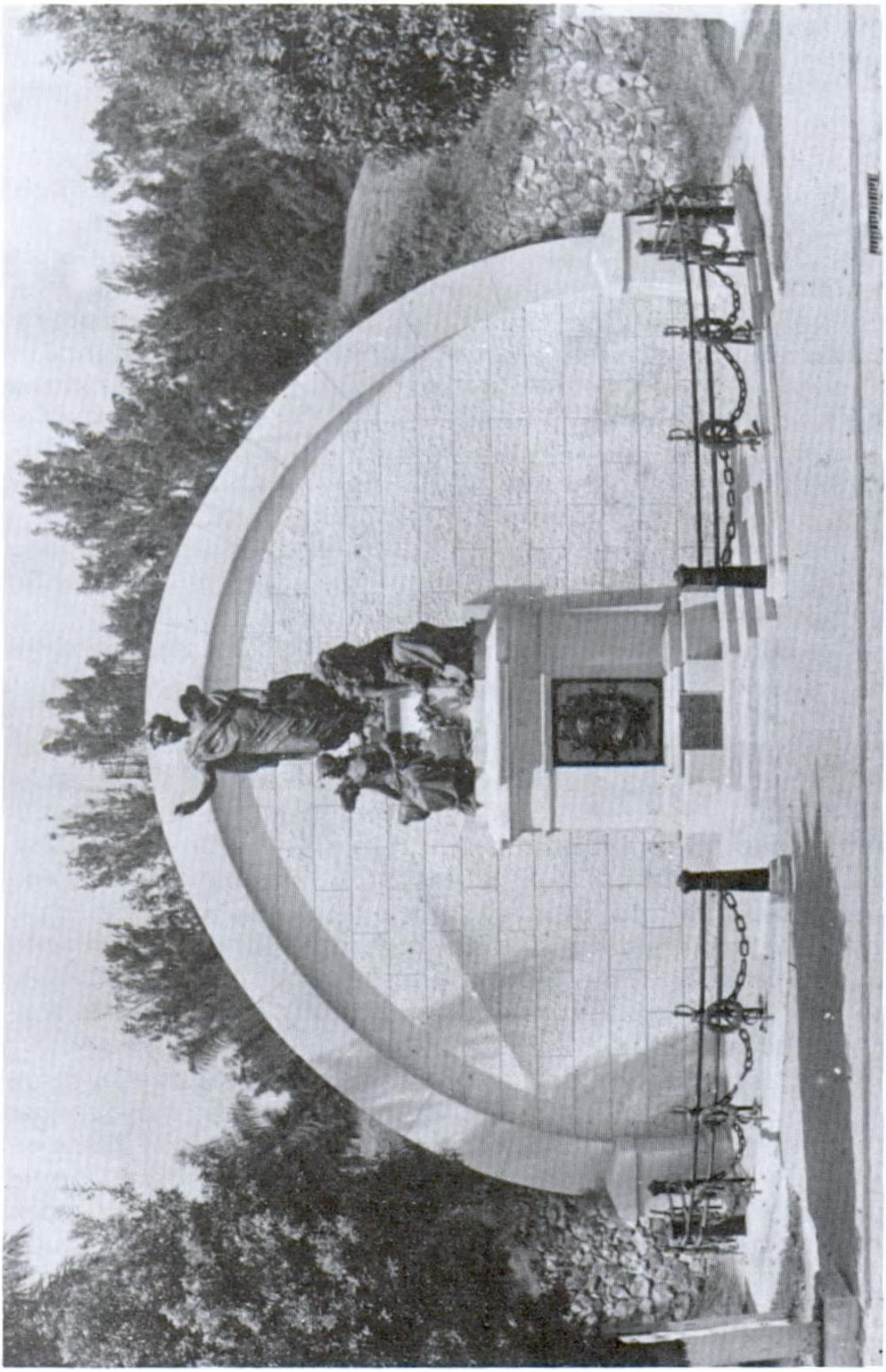
El hombrón continuaba con su narración, ya en el horizonte comenzaba a despejarse el cielo con pinceladas blanquecinas y grisáceas; ahora la lluvia era más fina. En el sector norte un arco iris se quería formar y un sol timorato se asomaba en las montañas húmedas y verdes. Los pájaros planeaban ahora con más seguridad y los sauces llorones hoy sí daban la apariencia de su apodo, estilaban agua y lloraban a moco tendido.

Ebano continuaba motivando al hombre para que la narración continuara hasta su final. Por un momento el hombre intentó llorar; dos lagrimones rodaron sobre sus rugosas mejillas,

Copyrighted material

LA CALLE DONDE TU VIVES

Héctor Gaitán



Atrás, de la tumba de Barrios, nos deslizábamos con las canoas de corozo.

Copyrighted material

la manga de su camisa dió cuenta de ellas al ser absorbidas de una sola pasada.

-La verdad es que no quería ver el morral; sentía que lo que ahí llevaba me iba a quemar y en lugar de seguir mi camino para la isla, cambié de idea y mejor salí del cementerio. Ya casi en la puerta lateral del cementerio, por la salida de carros, muy cerca de la llamada cochera, me di valor para ver el contenido del morral y el susto fue ahora peor, allí estaba la bolsa de cuero con todas las piezas dentales. Las toqué, sentí la bolsa en mis manos, era cierto aquello. Ahora corrí como un loco hasta donde están las orillas del barranco y con todas mis fuerzas arrojé la bolsa al fondo del precipicio. Vi cómo la bolsa tomaba una curva y caía hasta el fondo entre unos arbustos. Emprendí la carrera loca, tropezando, cayendo y levantando hasta llegar a la puerta. Allí, otra vez en el morral escuché el ruidito de los dientes que parecían chocar unos a otros y formar una bulla infernal que me volvería loco de un momento a otro. Sentí como que si un torbellino me tomaba en cuerpo y alma y sentí caer en un abismo sin fondo, gritaba y nadie me escuchaba, quería sostenerme, quería aferrarme a algo o alguien, pero no era posible. Finalmente todo fue silencio; no sé cuánto tiempo pasé allí. Todo era silencio, era un silencio de tumba. Alguien me despertó con amor, con sentimiento, era una hermanita de la caridad. Yo estaba en el hospital. La santa mujer me atendía; vi a mi alrededor y había otros enfermos.

-¿Qué pasó -pregunté a la hermanita. Ella sonrió y me puso una medallita de la Virgen, la medalla milagrosa.

-Pasó ocho días en estado de coma, pero Dios le necesita, por ello todavía está con nosotros.

Me dolía todo el cuerpo y tenía vendada la cabeza. Indicó uno de los médicos que había sufrido una fractura en el parietal derecho y que me habían encontrado inconsciente en el interior del cementerio general. Posteriormente, la santa religiosa me narró cómo por las noches yo hablaba de unos dientes que había hurtado y que deseaba devolver. Ella me dió muchos consejos sanos de orientación, pero con el paso del tiempo lamentablemente se olvidan. Cuando pedí confesión con el sacerdote, le dije todo, me absolbió me perdonó y así pasé en santa paz como dos o tres días en el hospital. Una noche, como a las nueve, pude ver a una enfermera que jamás había visto en la sala de hombres. Ella era alta, blanca y tenía un lunar en el pelo, es decir un mechón blanco que le hacía lucir muy bien. Se fue acercando a donde yo estaba, sonrió y sin mediar palabra, me dijo:

Copyrighted material

LA CALLE DONDE TU VIVES

Héctor Gaitán

-Toma esto, mañana salís de aquí; yo lo sé, no destapés esto hasta que lo hayás depositado en una de las bóvedas donde se lanzan los restos humanos de las personas que extraen de los nichos del cementerio...

-¿Del osario general? -pregunté con notorio miedo, y la mujer con toda la calma me dijo:

-Sí, allí donde ya sabés-. La mujer se retiró y me dejó el paquete, con la advertencia de que no lo destapara. Como a la media hora entró un grupo de enfermeras con una foto de regular dimensión; ésta la llevaban tapada, se iba a rendir un homenaje a una enfermera al día siguiente. Un enfermero curioso fue a levantar el liezo que cubría la fotografía y pude apreciar que era la misma enfermera que me había visitado momentos antes. Por un momento pensé que se trataba de alguna persona importante del hospital, pero me sacaron de mis cavilaciones cuando el enfermero me contó, que se iba a colocar esa fotografía en la sala como un homenaje póstumo a dicha enfermera, en un aniversario más de su fallecimiento y por los altos méritos que en vida tuvo.

-Sentí que la cama se hundía, me principié a sentir mal otra vez, pero felizmente la noche pasó sin ninguna novedad. Al otro día me dieron de alta; el peligro había pasado. Recogí el paquete y me lo llevé. Lo primero que planifiqué fue llevar el encargo al osario general del cementerio. Tuve suerte; uno de los osarios estaba abierto con sus grandes tapaderas de hierro de par en par. Antes de lanzar el paquete al fondo, con un miedo que jamás lo he sentido, destapé el paquete y pude apreciar que era la bolsa de cuero con las piezas dentales adentro. Cumplida la misión, me sentí otro, con más fuerzas, con deseos de caminar, de trabajar en fin. Recorrí una vez más el cementerio. Me parecía más silencioso, tranquilo, sólo el canto de los pajarillos era notorio. A lo lejos divisé la figura inconfundible del joyero que desesperadamente me buscaba, ignorando quizás lo que me había pasado.

-Hola, que tal -me dijo, ahora con un gesto alegre y no impositivo, el cual me extrañó, agregando:

-Vea, por favor ya no me lleve más piezas dentales de este sagrado lugar, porque me han pasado cosas increíbles que algún día se las contaré, con decirle que hasta me creyeron loco y precisamente hoy salí del manicomio, pero todo se aclaró.

-¿Pero y la bolsa con las piezas que yo le llevé qué se hicieron?- inquirí dudoso. El hombre angustiado aún, me narró que esa noche se las llevó para su casa y claramente pudo escuchar

Copyrighted material

como de la bolsa salían rezos, como cuando están velando a un difunto. Finalmente, indicó que las había lanzado a un barranco, pero que después se sucitaron los sucesos que le costaron su reclusión en el manicomio.

* * * * *

-¿Entonces usted ya no siguió sacándole los dientes a los muertos? -inquirió Ebano. El hombre sonrió débilmente y mirando uno a uno a los tres patojos contestó:

-No, definitivamente no; es mejor trabajar honradamente; porque algo hay de misterioso en los cementerios. Por eso es mejor dejar las propiedades de los difuntos donde están. Bien, patojos, véanse en este espejo y pórtense bien. Estudien mucho y salgan adelante.

Pesadamente el hombre bajó del templete y se fue caminando evadiendo los charcos y pequeñas corrientes de lluvia. Ahora el arco iris se marcaba plenamente, dando la impresión de un enorme adorno que principiaba en algún extremo de la ciudad y finalizaba justamente en el barranco del cementerio. Una tenue brisa caía y el sol iluminaba la necrópolis. Ebano de un salto bajó del templete y le imitaron Cheyo y Pijuy. El niño señaló el enorme arco de colores. La tempestad había pasado. Todos señalaban al cielo, admirando la belleza de la naturaleza. Ahora el sol era más tibio y la brisa azotaba suavemente. Ebano apresuró a sus compañeros indicando:

-Apurémonos porque ya dieron las doce y mucho cuidado con hablar malas palabras, porque la Virgen se está bañando.

Copyrighted material

-Bueno, contá luego y dejate de cuentos- replicó Ebano. La anciana sacó una vez más el pequeño frasco y repite la misma operación. Otro trago sin hacer caras. Ebano le amonestó:

-Si vas a seguir así, nos vas a dejar en lo más emocionante, porque ya vas a estar bien a matraca cuando tratés de terminar con lo que nos vas a contar.

Todos rieron, incluyendo a la anciana.

-Sos ocurrente, negrito jodido, -dijo en son de confianza y cariño.

-Está bien -comenzó nuevamente la Mina- como les decía, no habían nacido ustedes, la gente estaba muy triste por los fusilamientos de algunos políticos. Eran los tiempos de don Jorge Ubico; con él sí que no había babosadas. Bien, aquí en el barrio vivían dos esposos, gente como nosotros, trabajadores, luchadores. El era un buen obrero y cumplidor en sus obligaciones religiosas. Don Chepe, parece que lo estuviera viendo, con su escapulario enorme, en la procesión de la Virgen de Concepción. Chepe pertenecía a la cofradía del Templo de San Francisco; esta cofradía estaba compuesta por obreros en su mayoría calificados. Todos colaboraban al mantenimiento del Templo. Chepe era un hombre callado, humilde; si hacía un favor lo hacía sin ver a quien y era muy querido en el barrio. Una tarde, cuando yo pasaba frente a su casa, vi a su esposa charlando con otra persona. Recuerdo muy bien aquel momento, porque sonaba el pito de la estación dando las cinco de la tarde. La esposa de Chepe, después de saludarme, entró. Yo quedé un momento en la puerta, porque vi que Chepe cruzaba la esquina de la doce avenida. Venía con un traje gris perla y zapatos negros bien lustrados. Llegó hasta donde yo estaba, me saludó y entró a su casa. Pero antes de entrar, me dijo más o menos: "Menos mal que te veo porque me voy de viaje". La verdad yo no entendí aquella razón, me despedí y me vine para la casa. Cuando entré, fue a la Ricarda a quien más o menos lo mismo le dijo Chepe; ella le acababa de ver por el rumbo de la Estación: "Menos mal que te veo porque me voy de viaje". Don Manuel entró diez minutos más tarde, haciendo el comentario que había visto a Chepe y le había dicho lo mismo. -¿Y dónde lo viste?

Recuerdo que la Ricarda saltó los ojotes, como presintiendo algo fuera de orden. Don Manuel comentó que le había visto por la iglesia de San Pedrito; iba muy bien trajeado, con un terno gris y zapatos negros bien lustrados. No sé, pero presentí algo, corrí hacia la casa de la Paula, esposa de don Chepe, para cerciorarme que él estaba allí. Cuando platicamos con la Paula,

Copyrighted material

ella me indicó que Chepe no había llegado y que esa mañana había salido al templo de San Francisco a realizar algunos trabajos en la parte del campanario.

Haciéndome el comentario estaba la Paula, cuando un taxi se paró en la esquina; bajaron dos señores y preguntaron por algún familiar de Chepe. La Paula salió a ver de que se trataba; yo me quedé a prudente distancia. Sólo pude ver que la Paula, después de gritar, se puso a llorar. Estos señores le daban una mala noticia: Chepe había caído desde la parte alta del templo de San Francisco, sobre la trece calle y había muerto en el acto...

Los patojos escuchaban con atención; la lluvia había desaparecido. Pero aún la anciana tenía algo más que decir de aquel extraño caso que ella conoció. Una vez más, la Mina se buscaba el octaviano para darle fin, pero fue Ebano el que se interpuso.

-Ya no, porque si no, nos dejas a medias. Otro trago más y quedas fondeada.

Los gritos de aprobación fueron generales, que la anciana no se terminara lo que quedaba hasta que terminara con la narración que les tenía en un hilo de emoción.

-Bueno, esta bien... ustedes ganan. (Aplausos). Ahora la Mina vio a doña Ricarda, y dirigiéndose a ella habló:

-Ricarda, ¿te acordás de lo que se dijo en el velorio de Chepe?-. La anciana esperó el ademán de su interlocutora para proseguir:

-No lo van a creer, pero el caso de Chepe fue algo único. Yo jamás en mis setenta años que tengo de vivir, nunca, jamás había visto algo igual.

-Han de creer que más o menos como diez personas amigas de las que llegaron al velorio, vieron a Chepe la tarde de su muerte trágica. Ahora bien, lo más extraño fue que le vieron a las cinco de la tarde, les dijo lo mismo a todos y el accidente cuando él murió fue a las cuatro de la tarde. Es decir que Chepe, ya muerto, se fue a despedir de sus amigos.

El más preocupado de los patojos era Pijuy, porque tenía que pasar solitario por el callejón. Cheyo le acompañaría, le pasaría dejando y él continuaría hasta la décima avenida donde vivía. Los otros patojos no tenían problema: vivían en el callejón. Hubo un compás de espera; la anciana vio a los patojos y en un descuido se colocó en la puerta del viejo cuartón indicando:

-Tengan cuidado, no se porten mal, porque Chepe tiene la misión de asustar a todo patojo que se porta mal y que no le guste la escuela. A mí no me lo crean, pero dicen que por las

Copyrighted material

INDICE

	Página
La Esquina de la veintidós calle	3
Los espantos de la Concordia	23
El viejo Guillermo	31
Lunes Santo	37
Martes Santo	43
Miércoles Santo	47
Jueves Santo	51
Viernes Santo	55
Sábado de Gloria	59
La leyenda trágica del cush	61
En el Parque Navidad	73
El curioso caso de Brígido	79
El Velorio	87
Los cuentos de don Martín	91
El Chancle Aguacatero	97
Los dientes de los muertos	103
Don Chepe, un caso extraño	115
Senobia	119
Los espectros de la línea	125
El tanque de la dieciocho calle	131
El balcón de los espantos	139
Changayano	147
La Chompipa	153
1o. de Noviembre	157
La posada	165
El aguinaldo	173
Hubo una vez un amigo	179
“Gardel”	185

Copyrighted material

Un Exito más de
Artemis & Edinter
del laureado Escritor Héctor Gaitán

ISBN 84-89452-21-0

Copyrighted material